

BIBLIOGRAFIA

HONORIO DELGADO. — Paracelso. — Un vol. de 77 págs., 14 × 20 cms. — Editorial Lumen. — Lima, 1941.

El muy distinguido psiquiatra y polígrafo Dr. Honorio Delgado merece cada día más, por su inagotable curiosidad intelectual y por su diligencia y brillantez de ensayista, el calificativo de *el Dr. Marañón del Perú*. Su última conferencia, en el Colegio de la Inmaculada, fué un penetrante y elocuente análisis de los vicios del pensar y el sentir, difundidos por el positivismo y la demagogia en las postrimerías del siglo XIX, que trascendieron al actual. Su penúltimo estudio, al que dedicamos esta nota bibliográfica, es la conmemoración del cuatricentenario del célebre Paracelso, médico, alquimista y anunciador de muchos aspectos de la Biología presente. Nuestro compatriota Delgado, en su conciso y nutrido opúsculo, halla modo de rectificar algunos rasgos biográficos y establecer, en plena luz, la significación filosófica y científica de tan extravagante como genial personaje. No es pequeño esfuerzo, para tan reducido número de páginas, divulgar, con novedad relativa pero innegable, tema que podíamos juzgar agotado mediante la proverbial erudición escudriñadora de los investigadores alemanes. Claro que en ellos se apoya de continuo, según es lógico en un trabajo de mera vulgarización, por esmerado que sea; pero utiliza las más valiosas y flamantes publicaciones, como las de Sudhoff, Alfredo Vogt y Fernando Hoff, sin omitir por eso la *Historia de la Medicina* del italiano Arturo Castiglioni.

Felipe Teofrasto von Hohenheim, harto más conocido por su latinista y algo equívoca versión nominativa de *Paracelso*, fué desdorado en vida y en muerte, por bastantes autoridades, como un charlatán confuso y laberíntico, un embaucador nigromante, un demente furibundo y tabernario, continuador de las peores quimeras de la alquimia, los hechizos y la brujería; precursor de teósofos, rosacruces y francmasones. Su nebulosidad de ideas y lenguaje cabalístico, las feroces invectivas que, a uso de aquellos tiempos iracundos y ultrajantes del Renacimiento, empleaba sin cesar contra los añejos clásicos de la Medicina, tales como Galeno y los árabes Averroes y Avicena, y contra los émulos contemporáneos en las más respetables y famosas universidades, le atrajeron por represalia una solemne condenación de la Sorbona; los vejatorios títulos de *tenebrario* y *beodo*, que públicamente le aplicaron sus enemigos y aun sus propios discípulos, v. gr. Oporino; y el de *jabalí salvaje*, con que lo moteja nada menos que Bacon

de Verulamio. Era en realidad un bárbaro, un cínico, un autodidacta monstruosamente soberbio y de perversos modales, un perdulario errante, compañero habitual de criminales y gitanos; pero, superando tántas manchas y lacras, poseía el incontenible empuje deslumbrador de lo nuevo, no enervado por la civilización meticulosa y la cansada rutina. Era una fuerza de la naturaleza, tremenda, cenagosa y fecundante, que entre escombros, escorias y desvaríos medioevales (porque no hay innovador desprovisto de tradiciones, buenas y malas) arrastraba preciosos gérmenes de sorprendente virtualidad, intuiciones anticipadoras que aparecen como verdaderos prodigios. El Dr. Honorio Delgado enumera las principales: la de las infecciones microbianas, y la terapéutica por sueros y vacunas (pág. 26); — la de la quimioterapia, por su farmacología (pág. 33); — la alimentación antidietética (pág. 36); — los remedios específicos, por el repudio de las panaceas, la búsqueda de las quintaesencias, el empleo de los tósigos en porciones muy limitadas (pág. 34), y sobre todo del sulfato de cobre y del cloruro de mercurio (pág. 33); — la de la homeopatía, por las dosis mínimas (pág. 34) y por el apotegma: *Similia similibus curantur* (pág. 26); — las teorías modernas de la *soma* de Weismann y de las variaciones atávicas de Mendel (pág. 27); — la del metabolismo, por la doctrina del *tártaro* para la gota y los cálculos (pág. 34); — y la de la psiquiatría reciente, por la clasificación de cuatro géneros de locura, lo frecuente e incurable de su transmisión hereditaria, y su diferencia radical de la posesión diabólica, con que se la confundía siempre en la Edad Media (págs. 27, 28 y 40).

Quien tales adivinaciones cuenta en su abono, y por otras de sus ideas capitales ha obtenido las alabanzas de un Leibnitz, y la adhesión, a distancia de centenares de años, de Van Helmont, Stahl y toda la escuela vitalista de Montpellier, reclama por cierto mucho más que las desdeñosas menciones o los dictorios que han solido dedicársele. Ha hecho muy bien el Dr. Honorio Delgado en contribuir a su reivindicación, hasta en estas apartadas regiones sudamericanas; y en esclarecer el alcance del pensamiento de Paracelso, y las circunstancias notables de tan agitada y atribulada vida. Así, por ejemplo, rehabilita los antecedentes de su familia, vituperados por sus habituales detractores. Resulta que nació de legítimo y aun noble enlace, en Einsiedeln, famoso santuario helvético del cantón de Schwyz, en lo que todavía se denominaba con justicia Alta Alemania hasta mediados del siglo XVII. Fueron sus padres el reputado médico Guillermo von Hohenheim, vástago de aristocrática estirpe sueva, y una señora suiza del honroso apellido de Ochsner, empleada en la hospedería u hospital anexo a aquella gran abadía benedictina y peregrinación mariana de Einsiedeln. No fué, pues, el obscuro bastardo que sus escandecidos contradictores denostaban. También se desprende de los datos utilizados en el folleto del Dr. Honorio Delgado, que Paracelso no fué alumno del desacreditado Juan Tritemio, Abad de Sponheim en Nahegau, inventor de infinitas patrañas; sino continuador y lector de los muy preferibles escritos de anteriores Abades del mismo Sponheim, "sobre todo de Bruno, hijo del Conde Bernardo" (pág. 8), como Sudhoff recientemente lo ha demostrado. Tampoco subsiste la depresiva incertidumbre sobre sus estudios universitarios y doctorado en Medicina, porque confirma, en vista de datos

acopiados por sus apologistas alemanes, que cursó las materias médicas en la Universidad de Ferrara, y recibió en ella el birrete doctoral, sirviéndole de maestros Leoniceno y Manardi (pág. 9). Igualmente se aparta Delgado de otros biógrafos de Paracelso, al fijar como razón de su fuga de Estrasburgo en 1526 (donde había comprado el derecho de ciudadanía y la inscripción en el gremio Lutzerne, en que se agrupaban los cirujanos), nó la riña con uno de éstos, llamado Vendelino, sino el disfavor y enojo del Margrave de Baden Felipe I, que rehusó pagar los crecidos honorarios demandados por el joven Paracelso, el cual acababa de curarle una grave enfermedad al estómago. No fué más feliz el año siguiente en Basilea, a pesar de la protección del impresor Johannes Froben (pág. 11); de la clientela de los Canónigos Erasmo y Lichtenfels, pronto alarmados por su elevada tarifa profesional; y de los nombramientos que alcanzó, de médico de la ciudad y profesor del claustro universitario. Por las espectaculares fanfarronadas que acostumbraba, se enajenó a poco la voluntad de todos, y perdió la posición que había logrado. Desde 1528 tuvo que reanudar la existencia vagabunda y miserable. Debió de padecer manía de persecución, como Rousseau y el Tasso. En medio de las vicisitudes y descalabros que se le exacerbaban, nunca perdió la de las grandezas, que con titánico orgullo, justificadísimo al cabo, lo hacía vaticinar su gloria perdurable. Murió en Salzburgo, a punto de cumplir los cincuenta años, de una afección al hígado, de seguro a causa de su intemperancia notoria. El Dr. Delgado acredita su ortodoxia católica, muy plausible en aquella primera efervescencia de la Reforma luterana, alegando las disposiciones testamentarias que dictó (pág. 22), y varios esenciales pasajes de sus libros (págs. 51 a 59). Nos parece que asiste plena razón en esta tesis a nuestro amigo y colega, por mucho que reclamen a Paracelso los místicos protestantes de la escuela de Jacobo Boehme, los pietistas, los teósofos de la Rosacruz y los antitrinitarios socinianos, y a despecho de la protección que Eccampadio le dispensó, y de ciertas frases de sabor antimonástico y casi anticatólico que no escasean en la farragosa e insegura producción de Paracelso, tan plagada de elementos apócrifos. Sea como fuere, el núcleo auténtico en que defiende con gran vigor el libre arbitrio, lo lleva a las antípodas de la estricta teología protestante. No hay duda que, como todos los escritores del Renacimiento, clamó contra los abusos de la Curia Romana y el estrago de las órdenes religiosas. En su idiosincrasia virulenta, es natural que extremara aquellos ataques. Mas le ocurrió luego lo propio que a Erasmo y a Rabelais, desemejantes de él en índole; pero que, como él, se entusiasmaron con Lutero al principio, y después de conocer sus escandalosas herejías, destructoras de toda unidad espiritual y de la paz del ánimo, renegaron de él y lo impugnaron reciamente. Paracelso, amante de la naturaleza como buen renacentista, no podía admitir el pesimismo de los protestantes. Execrador de la usura y aun del rédito, no podía simpatizar con la ética de Calvino y los hugonotes. El neoplatonismo, en que estaba imbuido, tenía que inclinarlo a aceptar el dogma de la Trinidad, mal que pese a socinianos y unitarios, que se aprovechan para su pretensión de frases de Paracelso aisladas y ambiguas. En todo caso, al disponer en sus cláusulas testamentarias de Salzburgo la institución de limosnas y sufragios de misas, ma-

nifestó de irrecusable manera las creencias católicas en la eficacia de las buenas obras, de las preces por los difuntos y del sacramento del altar. Esto es lo decisivo, y retracta cualesquiera palabras malsonantes que se le escaparan a su atropellada pluma. Nadie ha de considerarlo hereje formal, tras de tan paladinas declaraciones finales y la atestación del Obispo de Salzburgo. Su condenación en la Sorbona, que lo denominó *Lutero de las ciencias físicas*, contra lo que protestó indignado, carece de pertinencia y de autoridad eclesiástica. Al revés, fué mucho menos indiciado de herejía que su favorito predecesor de la Edad Media, el médico catalán de fines del siglo XIII, Arnaldo de Vilanova, condenado en vida, aunque con gran lenidad e indulgencia, por tres sucesivos pontífices, Bonifacio VIII, Benedicto XI y Clemente V; y después de muerto, censurado por la Inquisición, entre otras razones por negar o poner en duda la virtud propiciatoria de las misas, lo que significa evidentemente una proposición herética valdense o albigense, precursora de la pseudo Reforma protestante. En resolución, el catolicismo de Paracelso, vindicado en el folleto de Honorio Delgado, queda muy por cima del claudicante de su pretense maestro el alquimista catalán, tan vehementemente sospechoso de heterodoxia.

Lo único en que disintimos del doctor Delgado es en no rehusarle a Paracelso la calidad de tipo representativo del Renacimiento. Afirma Honorio Delgado que "fué hombre de la Edad Media hasta la raíz misma de su sér, y pasó por la escena del mundo renacentista sin sufrir su influencia en lo menor" (págs. 75 y 76). Como el propio Delgado apunta (pág. 57), en la Edad Media se incluyen varios períodos de fisonomías muy diferentes; mas cuando hablamos de ella en definitiva y por antonomasia, entendemos los siglos XII al XV, que señalaron su apogeo y cabal terminación. Sucesivamente se caracterizan por el escolasticismo aristotélico de Santo Tomás y Duns Escoto, y por el nominalismo empirista de Occam. Ahora bien, Paracelso ante todo es un neoplatónico, un antiaristotélico, un vitalista o dinamista, un *realista* místico, desdeñoso de todo empirismo y de toda mecánica. Su teoría del *archeus*, especie de instinto teleológico; su *pluralismo*, que repite el de Platón y presagia la monadología leibniziana; su amor a la naturaleza, su predilección por el intuicionismo sintético, su tan reiterado concepto central de ser el universo o Macrocosmos un todo orgánico con alma propia, cuyos rasgos por simpatía reproducen los microcosmos; su inquina a los averroistas, y a la ciencia oficial de escuelas y universidades, lo constituyen, no obstante carencias de forma y estética, en producto genuino del Renacimiento indeleble, dentro del cual nació y actuó, siquiera sea del Renacimiento septentrional y germánico, derivado a su vez del platonismo italiano de Marsilio Ficino, muy próximo pariente por su sistema, de los de Leonardo de Vinci, Telesio, Campanella y Jordano Bruno.

J. de la RIVA-AGÜERO.

VICTOR CADILLAC, SS. CC. — *Filosofía de la Educación*. — Un vol. de XVI + 224 págs.; 17 × 22 cms. — Editorial Lumen, S. A. — Lima, 1941.

Poco a poco la Escuela y Facultad de Pedagogía de la U. C. va incrementando su propia producción con textos tan oportunos como éste del P. Cadillac y la "Metodología Especial para la Enseñanza Secundaria" por el Hno. Anselmo María, que juzgo a continuación.

El libro del P. Cadillac, profesor de la Universidad Católica del Perú, produce una agradable impresión en el lector por su misma carátula "novedosa", como ahora dicen, y por su nítida y variada tipografía. Jamás un buen libro debe presentarse al público, sino vestido con buen gusto. Abramos el libro por el prólogo e índice.

"No entramos en la técnica educativa; exponemos las bases fundamentales e inmovibles de la Educación Cristiana". Tal es el fin que el autor se propone; no puede ser más importante. Es el primer libro que en su género se publica en el Perú. El índice corresponde al intento del autor. Consta de 25 capítulos, más dos apéndices. Ya se ve que se trata de una obra relativamente muy completa. Veamos a grandes rasgos, cómo se desarrollan esas "bases fundamentales de la educación cristiana".

Concepto de la educación. — Causas material, formal, final y eficiente de la educación (C. I y II). — Estudio del educador y del educando y de la dignidad de la personalidad humana (C. III y C. XIX). — Finalidad superior de la Educación y de la vida humana, y error opuesto, el laicismo C. IV y V). A continuación se estudia al educador: Familia, Escuela, Iglesia y Estado (C. VI a XII). — Las extralimitaciones tan frecuentes del Estado docente; monopolio y escuela única, con una aplicación concreta al marxismo y racismo (XIII - XV). Tras esta primera parte sigue el proceso de la educación con el estudio del desarrollo del niño y las ideas afines de obediencia y autoridad; las asignaturas básicas XVI a XX). Muy interesante es el capítulo XVIII sobre asignaturas básicas en el que el P. Cadillac, como era de esperar, se muestra partidario decidido de la enseñanza humanista-filosófica, sabiamente atemperada con matemáticas y ciencias. Terminada la parte dedicada a la educación intelectual pasa el autor a considerar, de acuerdo con la división trazada en la página 3, la educación moral o de la voluntad, y también la afectiva o de los sentimientos (C. XX - XXIX). Merece especial atención el problema de la educación de la castidad (C. XXIV) y, sobre todo el C. XXVII, XXVIII y XXIX, con la refutación del morboso psicoanálisis o teoría sexual de Freud (C. XXX).

Coronamiento de la educación del joven es su vida cristiana sobrenatural (C. XXXII), cuyo centro es Jesucristo en la Eucaristía (C. XXXIII), y cuyo desenvolvimiento exterior y social más auténtico es la Acción Católica (C. XXXI). Esta vida encuentra su manantial de energía en la oración y trato con Dios (C. XXIV). El último capítulo (XXXV) versa sobre la incorporación del indio a la vida cristiana y civilizada. Cierran el libro dos apéndices: uno sobre Rousseau, patriarca de la pseudo educación laica y sentimentalista, y otro sobre la carta de la Sagrada Congregación de Estudios (13, Abril, 1938) condenando ocho tesis racistas de contenido materialista y pagano.

Tal es el esquema de este interesante libro. Es obra que denota preparación y formación de muchos años en su autor. Buena armazón escolástica revestida de escogida lectura y erudición modernas, como se ve por la bibliografía que se va citando ya en el cuerpo de cada lección, ya en notas o al terminar cada materia. No es erudición de "cardex" o meras papeletas, es lectura digerida y hecha cuerpo de doctrina. El estilo es claro y sencillo, aunque a veces se cuelen algunas incorrecciones y galicismos (problema a estudiar, etc.), y la construcción alguna que otra vez resulta oscura (pág. 26 "Sigue la autoeducación... un hogar). (Regentó la cátedra que *ocupara*, por ocupó). No son sino pequeñeces. El autor es francés, y domina nuestro idioma harto mejor que otros muchos que del francés apenas alcanzan sino los galicismos... También quiero advertir que el P. Cadillac en el desarrollo de su libro, se ha guiado más por el empeño de ofrecer una obra práctica, aquí donde tanto escasean esas obras, que no un libro en todo ajustado a los cánones pedagógicos de unidad de materia y ordenada trabazón de partes. De allí cierta desproporción y aún falta de riguroso encadenamiento que fácilmente hubiera podido evitar el autor de haberlo pretendido. Con gran acierto utiliza el P. Cadillac obras de nuestros actuales escritores como Belaúnde, Honorio Delgado, documentos contemporáneos, anécdotas, que dan amenidad y modernidad a su obra, tan digna de ser estudiada.

Angel de LAPUERTA, S. J.

Hno. ANSELMO MARIA, *Director de la Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica del Perú. — (Metodología Especial para la Enseñanza Secundaria 1941). — Colección Bruño). — (VIII y 221 págs. — 21 × 15 cms).*

Buena falta hacía un libro tan práctico, saturado de directivas siempre sensatas "que son fruto de la experiencia de un Profesor que ha dedicado todas sus energías a la magna obra de la educación y de la instrucción" (Prólogo del autor). Con esta obra el Director de la Escuela Pedagógica ha hecho algo más... que contribuir con un grano de arena a la construcción del monumento pedagógico" en el Perú (Prólogo), porque ha roturado el camino para muchísimos profesores noveles y para otros muchos que sin ser noveles no salen nunca de sus rieles, a veces bien anquilosados, prosaicos y gastados, cuando no registrados sin patente alguna que acredite su mérito, en unos momificados apuntes... Ojalá despierte muchas momias el aliento pedagógico del Hermano Anselmo Maria! El libro se divide en seis partes: Metodología del idioma, de la historia, geografía, matemáticas, ciencias biológicas y físico-químicas y de la filosofía.

No todas estas partes se desarrollan con igual extensión. El idioma, gramática, redacción y literatura merecen 45 páginas. La Historia 25; las matemáticas otras 25; etc. Nada hay que no sea práctico, al menos como dato sugestivo, en los apuntes de este texto.

Las consideraciones generales sobre el objeto de cada enseñanza, su valor pedagógico o formativo, desarrollo histórico de esa asignatura y cualidades del profesor nos parecen sumamente atinadas, y un gran acierto haber incluido esta parte tan importante y amena en un texto que, según intento de su autor, no

quiere salirse de los límites de una primera iniciación metodológica. Es de esperar que la buena acogida dispensada a este trabajo anime al Hermano Anselmo María a preparar una segunda obra más extensa, en que se estudie a fondo el problema tan interesante y urgente de los fines, o mejor aún, de la finalidad peculiar de la segunda enseñanza pre-universitaria, que, ante todo, no es como muy bien advierte el P. Cadillac, y suficientemente lo insinúa el autor que juzgamos, sino desarrollar vigorosa e integralmente las facultades superiores del joven y comunicar aquel grado de madurez mental y formación de carácter que le habiliten para los estudios superiores. Esta es la verdadera finalidad y eje central de la segunda enseñanza, y, siendo cada una de las diversas asignaturas no fines independientes sino medios, aquí como en ninguna parte, el fin debe regular y coordinar los medios. Languidecen nuestras Universidades porque nuestra secundaria es anémica, con la anemia propia de un bachillerato pasivo y enciclopédico.

El Hermano Anselmo María se queja, y con razón, de la penuria de libros de Metodología para Secundaria. En la Bibliografía de la página 210 falta un autor tan conocido como Ruiz Amado. (La educación intelectual y didáctica, etc.). Hojeando el magnífico estudio del P. Charmot S. J. "La Teste bien faite" y su otra obra "L'Art de se former l'esprit et de réussir au baccalaureat", y la documentada revista católica de pedagogía "Atenas", todavía se hallarán muy buenos materiales.

Un capítulo interesante hubiera sido: "La técnica del estudio privado". Nuestros bachilleres o estudiantes de Secundaria con frecuencia no saben estudiar. La experiencia enseña que son muchos los universitarios que tampoco lo saben.

Con toda veras recomendamos el texto del Hermano Anselmo María. Es práctico, sensato, ameno, y sugiere iniciativas bien encaminadas. Que no son los pobres alumnos cochinitos de India para audaces improvisadores. Nos hubiera agradado un prólogo más sencillo que el del Sr. Tiravanti, que encabeza la obra juzgada. La primera cualidad del estilo didáctico es que sea diáfano.

Angel de LAPUERTA, S. J.

JOHN GUNTHER. — *Inside Latin America*. — Un vol. de 498 págs.; 16 × 22 ½ cm. Harper & Bros, New York and London, 1941.

Pésima obra, para la información del público norteamericano, ha realizado con este deplorable libro el periodista Gunther, al que cierto crítico, apologista suyo, Whit Burnett, no vacila en calificar de historiador. Ya veremos a qué laya o jaez de historiadores pertenece. Mucho mejor habría estado calificarlo de *la precipitación y la inexactitud personificadas*. Por eso conviene muy bien, a su intento vulgarizador y deformador, el latinista epíteto de *prepóstero* (o sea de trabucado, desatinado, a destiempo y al revés), que el propio Gunther emplea (pág. 187, p. ej.). En el siglo XIX eran los viajeros franceses adocenados y algo provenzales, del género *commis voyageur*, los que se llevaban la fama de superficiales, frívolos e inseguros. A juzgar por recientes y numerosas publicacio-

nes de Norte América, así en revistas como en volúmenes, ciertos yanquis les han arrebatado a los galos, con pleno derecho, renombre y sucesión tan poco envidiables. Difícil es, en efecto, imaginar mayor apasionamiento y descaro, mayor informalidad y ausencia de escrúpulos documentales, que en este chabacano corresponsal volandero e izquierdista, acérrimo enemigo de una tradición que desconoce, imbuído en los más burdos prejuicios antihispánicos, acorazado contra la verdad y la buena fe por una desfachatez inverosímil.

Menudean las falsedades desde las primeras páginas. En la 8 afirma con toda resolución que la clase dominadora en el periodo colonial rehuyó o descuidó toda empresa de educación y de salud públicas. Lo repite, aun en términos más explícitos, en la pág. 61, refiriéndose al Méjico virreinal, que fué por cierto la mejor y más esmerada posesión española del Nuevo Mundo. En la misma desventurada pág. 8 sostiene que a ninguna colonia hispanoamericana le era lícito comerciar con otra. Así nuestro tráfico marítimo de la época con Chile, Méjico y Filipinas, y nuestro comercio terrestre con el Paraguay y el Río de la Plata, excepciones de tanto bulto e importancia, son para él como si no hubieran sido, hechos que en absoluto desconoce u omite. Lo mismo le ocurre hasta con los sucesos actuales más innegables y resaltantes. En la pág. 10 tiene el desparpajo de asentar que hoy en el Brasil es la religión católica la oficial, intolerante y exclusiva. No sabe o no quiere saber que desde 1889, luego de la caída del régimen monárquico, están allí separados el Estado y la Iglesia. Tampoco se ha enterado de existir en el Perú, para desgracia nuestra, el pleno divorcio, y hasta por mutuo disenso, a partir del Decreto-Ley de la Junta de 1930, confirmado por Ley de la Constituyente en 1934 (pág. 189). Su animadversión al Perú se patentiza muy clara al describirlo como país imperialista, que abusa de su relativo poderío invadiendo al inerme Ecuador, penetrando en las tierras poseídas por éste, aprovechándose del correr del tiempo y rehusando todo arreglo de límites (cap. XIII). Sobre nuestros irrefragables títulos jurídicos de Maynas y Quijos, las *entradas* de nuestros gobernadores coloniales, las Reales Cédulas que nos reintegraron dichas vastas regiones, los actos plebiscitarios de la Independencia, las provocaciones ecuatorianas, los avances modernos de sus guarniciones, el antiguo laudo arbitral de España rechazado por el gobierno de Quito, y en particular sobre la capital circunstancia de no hacer nosotros ahora en esas selvas sino recuperar en parte lo que durante el siglo XIX fué comprobada posesión del Perú, atestiguada con infinitos documentos, no sólo en Angoteros, y muy arriba del Chinchipe y del Santiago, sino en Andoas, Gunther no insinúa ni una sola palabra. Sin duda que son para él antiguallas y minucias desdeñables, porque van contra sus afirmaciones o intereses. Prefiere condenarnos a carga cerrada, sin conocimiento ni examen alguno.

Observa desastrosa e inicua. Estudia muy poco y sabe muy mal las diversas materias en que se entromete su petulancia. En nada rebasa su juicio el de los más fanáticos y obtusos periódicos del Ecuador, o los clandestinos libelos de oposición en el Perú. De allí que nadie lo gane en intrepidez para afirmaciones erradas. Sostiene muy fresco que jamás en Ecuador tuvo un gobierno fuerte, del tipo dictatorial de Leguía (pág. 188). Lo incompleto de sus conoci-

mientos y lo débil de su criterio le impiden apreciar y recordar a García Moreno, tan inconmensurablemente superior a Leguía en todo. Le espanta que el Perú, desde 1876, no haya realizado la operación estadística del censo. Se tranquilizaría con facilidad, si hubiera logrado a lo menos informarse de haberse ejecutado en toda la República el reciente año de 1940, al propio tiempo de su para nosotros infausto y para él fructuoso viaje, y en cumplimiento de la anterior ley de julio de 1938, que lleva por cierto el número 8695. Dicho censo, ignorado o callado por Gunther, según le ocurre con tantas otras verídicas fuentes, le habría enseñado que los indios puros o netos componen menos de la mitad de la población peruana, un 45 por ciento aproximadamente: en ningún caso los dos tercios, como se atreve a estampar en la pág. 100. De igual infundada osadía casi delirante participan sus demás tesis relativas a nuestro estado social. Esa gran mayoría india que él supone, asevera que vive una existencia extralegal, sin bienes ni garantías, corroborándolo con una autoridad que alega anónima y que parece digna de él. No ha sabido descubrir ni la evidente procedencia de muchos funcionarios y altos empleados administrativos, por más que en un pasaje se admire de que en el Perú, al contrario del Ecuador, haya gente que se glorie de su sangre india, como si en ello, para este radical y bullanguero demócrata, hubiera algo deprimente o vergonzoso. Tiene igualmente por averiguado, entre otras muchas novedades estupendas, que todo el poder político del Perú estriba en la Costa; que entre nosotros, la clase media apenas existe; y que la Iglesia (esta paupérrima Iglesia peruana, con sus Obispos de tan escasos recursos y pasar tan modesto, con sus viejos conventos de frailes y monjas en manifiesta ruina y casi total falencia), comparte con los latifundistas o *gamonales* nada menos que las dos tercias partes de las tierras cultivadas. Está visto que para Gunther lo de los dos tercios constituye el estribillo o la cantaleta, el tema predilecto de sus desvarios, la cuantía fija de sus maniáticos y muy interesados cálculos. En vano se le alegrará que, desde los tiempos españoles, el Perú ha sido y es un país de propiedades medianas, al revés de Méjico; que los verdaderos latifundios subsisten o se forman en calidad de excepciones muy caracterizadas; y que en nuestra Costa y nuestra Sierra abundan las campiñas parceladas en lotes de corta extensión. Para sus malignos propósitos de revolución agraria, estorban estas verdades. Lo que le hace al caso es exagerar y fantasear, embaucando ignorantes. Ha oído a algún majadero, y acepta de buen grado, que los tres ejes del Perú son: *Dios, tierra y amo*. Todo su afán se cifra en presentarnos como una especie de Rusia zarista de Hispanoamérica, pseudo republicana, para ir disponiendo y justificando el estallido de una anarquía soviética, o siquiera de una catástrofe al estilo mejicano o al de su amado *azañismo* español, que ha celebrado, como siempre extraviado y frenético, en sus infelices libros anteriores.

El Perú, a fines de 1940, recibió a este Gunther muy bien, con la acostumbrada afabilidad, con la fácil y desperdiciada hospitalidad que solemos, sobre todo para con los periodistas. En recompensa, halló el ambiente general de Lima, *sofisticado* o *adulterado*, y demasiado cosmopolita (pág. 188); y eso que él venía de las más revueltas juderías internacionales. Nuestra Universidad de San Marcos le pareció en cambio "el enclaustrado corazón del refinamiento intelectual

sudamericano" (pág. 198); elogio en verdad equívoco, y que por venir de quien viene, lejos de enaltecer, deprime; mas nos tributa en lo universitario tan hiperbólico favor para apuntar en seguida, como compensación y contraste, que las comarcas serranas, en su aislada rudeza primitiva, son tales que *lo más lóbrego del África resulta en comparación tan adelantado como Radio City*. Quienes no le soportamos estos desaforados insultos y procuramos responderle condignamente, seremos, a no dudar, tachados de quisquillosidad enfermiza, de puntillosos y soberbios insufribles, según reputa a los argentinos. Tal vez no alcanza a comprender que nuestras nacionalidades hispanoamericanas aspiran a ser respetables, por la falta de *vitalidad* que moteja en ellas.

Sumido en medios de tan pueril retraso, siente que de periodista se transforma en arqueólogo. Pero como las vocaciones forzadas degeneran con frecuencia en abortos, es explicable que su arqueología, así la indígena como la colonial, sea tan desdichada e intonsa. Se le antoja doctrina flamante, casi inédita, la del origen asiático y mongol de los indios americanos. No sospecha que uno de sus odiados jesuitas, el P. Acosta, la expuso hace bastante más de trescientos años. Sobre las islas Galápagos, propugna, con doctoral suficiencia, que los indígenas de América jamás las abordaron. La probabilísima hipótesis de su descubrimiento por el Inca Túpac Yupanquí, cimentada en los textos de Sarmiento de Gamboa y Santa Cruz Pachacuti, y en los estudios de Jiménez de la Espada, no existe para Gunther, quien no da la más leve muestra de columbrarla, y se limita a repetir sobre esto su sempiterno *never*, vacío, incomprensivo e irritante. Advierte luego con maravilla que el idioma jíbaro se asemeja al coreano. Mejor haría, con su rudimentaria instrucción, en prescindir de tales escarceos lingüísticos. Claro que los idiomas americanos, por aglutinantes, se clasifican en lo morfológico junto con la mayoría de los mongoles asiáticos, aun cuando formen por sí la muy particularizada familia polisintética. Pero la derivación verbal o de vocabulario no se logra, ni con mediano rigor científico. Si fuéramos a establecer familias idiomáticas por sólo capricosas etimologías y vagas formas gramaticales, no ya el jíbaro sino hasta el patagón resultarían hermanos del turco y el magiar, y hasta del remotismo vascuence. Pero con tan deplorable falta de gravedad y método, queda abierto el camino a los más garrafales disparates.

En puntos de filiación o genealógicos, Mr. Gunther profesa un sistema tan anchuroso y simplista que lo lleva a determinar parentesco consanguíneo y lineal por la mera homofonía; y a conceder con pródigo desbarro descendencia de un común tronco, más o menos vistoso, a cuantos usen el mismo apellido, por corriente y difundido que sea, por ejemplo el de La Torre (pág. 198). Esto, en buena cuenta y llano lenguaje, equivale a confundir lamentablemente *abuelos* con *tocayos*. Así lo hizo con gran desenvoltura cuando en la capilla de la Catedral en que reposa Pizarro, descifró con estupefacción, y acompañado de mentirosos guías, los nombres de los que él llama con harta impropiedad, "tenientes fieles, hasta el fin, del Conquistador", a quien de pasada y refilón insulta a sus anchas. Obsérvese que uno de ellos, Pedro de Candia, no le fué fiel sino contrario almagrista. Gunther quiere referirse a los Trece de la Fama o de la isla del Gallo, sólo que quizá no ha leído ni a su viejo paisano Prescott. Toda esta página 198

es preciosa, por su misma inaudita tontería. Conforme a sus lucubraciones habría que deducir, que si el mero apellido demuestra la comunidad de estirpe o linaje, todos los innumerables Smith anglosajones han de provenir de un mismo antepasado que así se llamó.

Equivocación de marca mayor es también considerar el palacio de Torre-Tagle como tipo del arte español en la Lima del siglo XVII. Erró como de costumbre, y no menos que en cien años. Cualquiera limeño medianamente instruido, y aun cualquier extranjero medianamente curioso en Bellas Artes, está enterado de corresponder la fábrica del palacete de Torre-Tagle al reinado de Felipe V y al primer tercio del siglo XVIII. En la propia España, el churriguerismo, eco algo tardío y extremado del estilo bórrominesco o berninesco italiano, floreció en la segunda mitad del siglo XVII, bajo Carlos II. Facilísimo es comprobarlo hojeando cualquier manual de arquitectura. Los más notables monumentos de la encrespada escuela de Churriguera tocan ya la centuria dieciochesca, o se colocan de lleno dentro de ella, como ocurre con la Plaza Mayor y el Seminario de Salamanca, la Cartuja de Granada, y los palacios de Dos Aguas en Valencia y de San Telmo en Sevilla. Tales son los monumentos de veras emparentados con nuestro *neo-mujédar rococó* de Torre-Tagle. Gunther dirá que él, atareado en sus propagandas inescrupulosas, preparatorias de cataclismos sociales, no tiene tiempo que perder para estudiar estas bagatelas. Pero ese es precisamente nuestro agravio. ¿Por qué se pone a pontificar de lo que no entiende, amontonando dislates, y exponiéndose a descarriar a sus conciudadanos en asuntos de mayor trascendencia?

Cansada tarea sería enumerar todos sus yerros y embrollos, y las patrañas que admite y difunde. A duras penas hay en él página que no peque contra la verdad. Uno de los pocos puntos en que acierta es al deplorar la influencia excesiva del capital extranjero en el Perú y la cuidada servidumbre a que encamina el endeudarse demasiado a los banqueros internacionales. Procuraremos seguir tan saludables consejos, cuando lo permitan las circunstancias. Lo restante no pasa de un montón de exageraciones, risibles a veces por monstruosas, y otras nefastas por tendenciosas y mal intencionadas. Aseguran sus compatriotas que el libro alcanzará la tirada mínima de tres millones de ejemplares: cifra *wonderful* para aplastarnos a los hispanoamericanos, míseros indigentes. En todo caso, lástima de papel perversamente empleado, pues inducirá a nacionales y forasteros a muy peligrosas equivocaciones; y triste pan amasado con temerarias inexactitudes y gruesos embustes. Si prescindieramos de sus dañados fines, y nos convencieramos de haber en él desapercibida e irresponsable candidez, y nó torcidos y hostiles designios, habría que aplicar entonces a sus *cuentos sin sentido, llenos de sonido y énfasis*, las consabidas y merecidísimas palabras shakespirianas; que por somera que sea su instrucción y la de muchos de sus incautos lectores, a lo menos han de conocer este clásico texto británico.

J. de la RIVA-AGÜERO.

BRUNO MOLL. — *Finanzas y Guerra*. — Un vol. de 154 págs., 21 ½ × 15 cms. — Ed. Empresa Gráfica T. Scheuch S. A. — Librería Internacional del Perú, S. A. — Lima, 1941.

Es esta la segunda obra que publica en nuestro medio el Dr. Bruno Moll, catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima y ex-catedrático de la Universidad de Leipzig.

La obra está dividida en cinco partes, cada una de las cuales agrupa varios capítulos (los que en total son 17), lleva, además, un prefacio, una sección de anexos, un resumen y un epílogo. En el prefacio se advierte que la obra trata de los fundamentos de las Finanzas (Hacienda Pública) y de las consecuencias de una actitud que contraviene a las leyes ideales de esta ciencia. Se establecen los efectos que la guerra debe producir en las finanzas de algunos países importantes. El autor ofrece su obra como el producto de un trabajo de investigación.

La primera parte del libro trata de los gastos públicos y contiene tres capítulos, siendo de notable interés el primero de ellos que está dedicado al estudio de la periodicidad de los gastos públicos y en el que acertadamente, se indica que la clasificación de los mismos tiene enorme importancia para la solución del problema fundamental de la práctica y política financiera o sea para el problema de como se deben cubrir los gastos. En la segunda parte de la obra, que consta, también, de tres capítulos, se estudian los ingresos públicos y en la tercera se expone *la teoría del cubrimiento*, parte esencial de la Ciencia de las Finanzas. En esta parte del libro, el Dr. Moll dedica un capítulo a lo que llama *la autonomía de la Ciencia Financiera* y manifiesta que "con respecto a la política financiera le pareció ideal al autor el fundamentar una ciencia, al menos una tecnología (Política Financiera) que pueda ofrecer normas para obrar financieramente, completamente *independientes* de todos los elementos políticos, estratégicos, higiénicos, sociales, morales y sobre todo no financieros, estableciéndose así una *autonomía* e independencia ideal de las Finanzas". En lo que al elemento moral se refiere, debemos advertir que la ciencia de las Finanzas, como toda ciencia política y social, está subordinada a la Moral, de modo que en esta materia no se puede prescindir del factor ético. En cuanto a otros elementos, la afirmación del autor sólo tiene un valor relativo, porque si bien es cierto que el financista podrá dar su opinión acerca de un gasto con prescindencia de algunas circunstancias exteriores, lo es, también, que si esas circunstancias lo exigen tendrá que ver otra forma financiera de resolver el problema, como el mismo Dr. Moll lo reconoce.

En la cuarta parte de su obra el autor se ocupa de "Las consecuencias del no cumplimiento de las reglas ideales para cubrir los gastos", sobresaliendo en este estudio el interés del capítulo X dedicado a la Inflación. Vemos en este capítulo las perniciosas consecuencias de la depreciación monetaria: La moneda deja de ser medio de pago y pierde su función de conservar valores; los precios de los "valores de sustancia" suben en un grado que supera el estado normal de oferta y demanda, aumentando las diferencias entre las personas que poseen y las que carecen de recursos suficientes para adquirir esos "valores de sustancia"

damnificándose los empleados, los pensionistas y los pequeños rentistas; se deprecian todos los créditos depositados en Cajas de Ahorros y Bancos; disminuyen en su valor real los sueldos de los empleados y las pensiones, lo que puede significar el aniquilamiento de la clase media; los especuladores triunfan frente al resto de las personas que se dedican al trabajo honrado y penoso. El reemplazo del trabajo honrado y penoso por la especulación es el aspecto más serio de la inflación, según opinión del autor, desde los puntos de vista cultural, social, económico y político, a los que debemos agregar el moral; se perturba la confianza, el crédito, la seguridad del derecho y la creencia en el valor de las labores fatigosas y dignas "produciéndose un fatalismo ciego y la glorificación de la especulación". A la larga, desaparecen los ingresos de la Administración Pública porque se pagan en moneda depreciada. Sin embargo, el autor, a pesar de las perniciosas consecuencias de la inflación que tan magistralmente nos ha mostrado, declara en la quinta parte de su libro (*Teorías erróneas sobre Moneda y Finanzas*), capítulo XV, que "para la Economía, si no para la generalidad, la expropiación de los círculos productores", en forma directa, por medio de la tributación y de cierta clase de empréstitos forzosos, puede ser hoy un "mal más serio" que la expropiación indirecta de la "clase rentista" por medio de la inflación. Esta afirmación puede inducir a creer a alguien que la inflación como medida de política económica financiera pueda recomendarse en algún caso, y esto no es admisible. Creemos que la inflación es el mal más grave en materia económica y financiera por las perniciosas consecuencias que tiene. Como medida de política económica y financiera es injusta, inmoral e inadecuada, lo que queda demostrado si tomamos en cuenta todo lo expuesto, que ha sido extractado, precisamente, de la obra del Dr. Moll. Además, la injusticia de la política inflacionista estriba en que élla grava desigualmente a los habitantes de un país, sin tener en cuenta su condición económica, sus facultades, ni sus méritos, y en el daño que causa a todo aquél que tras grandes esfuerzos ha logrado ahorrar algo de dinero. Su inmoralidad se debe, también, a que es una medida clandestina y dolosa de los gobiernos que constituye un verdadero fraude a la colectividad. No hay que olvidar, al tratar estas cosas, que tanto la Economía como el Estado se han hecho para servir al hombre. Por otra parte, como medida de política económica, la inflación es inadecuada y mala, porque como lo indica el reputado tratadista L. von Mises (*Teoría del Dinero y del Crédito*), todos los fines que puede perseguir el inflacionismo pueden obtenerse por otros medios y con las ventajas de poder discriminar en la aplicación de las cargas y evitando los peligros de la inflación cuyos efectos son imprevisibles.

El Dr. Moll considera que las mencionadas expropiaciones, directas o indirectas son destructivas de la economía, de la moral y de la cultura y propugna para evitarlas la restricción de los gastos irrentables y el proceder a cubrirlos de acuerdo con las reglas ideales de la ciencia de las Finanzas o Hacienda Pública.

José ROSELL RIOS.

JOSE ORTIZ REYES. — *Simache* (Primer Premio de Novela en los Juegos Florales Universitarios de 1940). — Un vol. de 120 págs., 13 × 18 cms. — Ediciones del Club del Libro Peruano. Taller Gráfico de P. Barrantes C. — Calle Fano N° 855. — Lima, 1941.

El Club del Libro Peruano que dirige con tanto acierto y constancia Pedro Barrantes Castro, ha publicado un nuevo volumen, el cuarto de la serie, y como los anteriores éste es breve de páginas y sobrio de formato. Contiene un relato novelesco de José Ortiz Reyes, joven escritor piurano, intitulado "Simache".

Simache es un pueblo en las orillas del río Piura y sirve para dar nombre al relato de Ortiz Reyes porque el tema es un boceto enérgico y coloreado de la vida de los campesinos piuranos; con ternura a ratos suave y a ratos vibrante; con realismo duro como el sol de aquellos arenales, sin que falte resonancia lírica, expresada en breves notas poéticas; y con un fondo de drama social. El relato no alcanza al nudo sustantífero de una novela ni los personajes a la viviente unidad de los caracteres desenvueltos; pero hay en ambos relieves, presencias, escorzos, y en general un aire de novela que indica en el autor vocación auténtica y constituye muestra de futuros desarrollos en el género. El ambiente y paisaje de la costa norte están muy bien enfocados y ello nos invita a adentrarnos en el libro; pero el estilo se interpone con rezagos todavía muy ásperos de ingenuidad gramatical, falta de fluidez y abuso del diálogo. Sin embargo, éste es muy rico desde un punto de vista filológico y va seguido de un interesante vocabulario. Un relato breve y postrimero — necesidad sin duda de completar las páginas de la edición — es muy inferior a *Simache* propiamente, y mejor no hubiese estado junto a su grata y noble ofrenda de humanidad y de tierra.

José JIMENEZ BORJA.